

EL PAISAJE. UNA MÁQUINA EN CONSTANTE DEVENIR, QUE NO CESA DE INTELLECTUALIZARSE

The landscape. A machine in constant becoming, which does not stop intellectualize itself

Federico Londoño Duque

Historiador Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.

Especialista en estética, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.

Magister en estética, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.

Doctor en ciencias humanas y sociales, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.

RESUMEN

El presente artículo centra su exposición en algunos de los elementos centrales en el devenir del paisaje en su proceso de intelectualización, en el que la tensión con la racionalidad cartesiana se carga de las formas de conocer (ciencias) y representar la realidad (técnica pictórica). En el juego de esta tirantez básica se esbozan otras realidades que son complementarias, como las relativas al proceso de representación pictórica o las propias de la interacción con algunos modelos cognitivos (ciencias, saberes, disciplinas).

De esta manera, para llegar a las cualidades del paisaje como praxis y a los atributos propios para el uso en la investigación social, para comprender cómo ingresa al campo de las eventualidades sociales y pasa a servir como herramienta que permite direccionar una acción de entendimiento e intervención, ofrece un recorrido por algunos de sus hitos obligados, desde su surgimiento a principios del siglo XVII, con su intelectualización en el arte, y finales del XVIII, cuando inicia como fenómeno físico. Una itinerancia por el mundo antiguo, por la modernidad, por los modelos cognitivos y la práctica social, peculiaridades de las comunidades humanas en Occidente.

ABSTRACT

This article focuses its exposition on some of the central elements in the evolution of the landscape in its intellectualization process in which the tension with Cartesian rationality is loaded with the ways of knowing (sciences) and representing reality (pictorial technique). In the game of this basic tension, other realities that are complementary are outlined, such as those related to the process of pictorial representation or those of the interaction with some cognitive models (sciences, knowledge, disciplines).

In this way, to arrive at the qualities of the landscape as praxis and the proper attributes for use in social research; to understand how it enters the field of social eventualities and becomes a tool that allows directing an action of understanding and intervention, it offers a journey through some of its obligatory milestones, since its emergence in the early seventeenth century with its intellectualization in art, and end of the XVIII when it begins as a physical phenomenon. A roaming through the ancient world, through modernity, through cognitive models and social practice, peculiarities of human communities in the West.

[Palabras claves]

Paisaje, Modelo Cognitivo, Máquina, Intelectualización, Praxis.

[Key Words]

Landscape, Cognitive Model, Machine, Intellectualization, Praxis

Introducción

Durante la larga existencia de la palabra paisaje, se han tejido con esta y desde esta un gran número de nociones, conceptos e ideas que han marcado su camino por medio de las diferentes disciplinas, saberes y prácticas que han aprovechado su itinerancia; desde el arte, en el cual tiene su inicio como un campo que obedece a sus propias condiciones, pasando actualmente por la arquitectura, la geografía, la política, el diseño, el urbanismo. En este artículo, se presenta un paisaje como praxis; que no debe ser usado como elemento pasivo, usufructuado por todo ese manejo de disciplinas, saberes y prácticas, sino con el que debe entablarse una relación diferencial, a través de un regreso a su capital de base y un repensar de toda su potencia y flexibilidad que le ha permitido atravesar todos esos conocimientos y ayudarlos en la transformación de sus paradigmas.

Mediante este ejercicio de escritura, estas transformaciones se contextualizan y analizan a través de la tensión constante que se vive en el entorno urbano principalmente, entre una mirada y práctica intervencionista y la vida individual y social con la que se teje su día a día, su praxis. Luego de reconocer el paisaje como un objeto de conocimiento que se construye por los individuos de una comunidad específica en un territorio, que debe ser pensado fuera del juego a que conduce el concepto de objeto técnico, enfrenta la pregunta de hasta dónde el espacio público se puede planificar y hasta dónde resulta de las interacciones sociales y económicas de los individuos que lo viven.

Un caso particular con el paisaje es que conservaba una forma sólida, que es duradera, algo que puede mantenerse a través del tiempo como fondo, perspectiva y exterioridad; cualidad que precisamente usaron muchas disciplinas para intentar identificarlo o caracterizarlo. Pero en la actualidad, por su uso, se reconoce y pone en evidencia su carácter 'líquido', de objeto in-forme, maleable, flujo en sí mismo, que contribuye en la modificación de las ciudades. Esta disolución del concepto, la ausencia de pautas estables, es el rasgo permanente que lo intensifica, y por lo tanto, del discurso que acompaña este trabajo.

Como resultado del seguimiento de esas modificaciones, se muestra que, en nuestros días, la utilidad del paisaje, su uso y operatividad, debe orientarse a tender estructuras móviles, líquidas, redes, ejes que organizan la vida social en torno suyo, pero que no son casi nunca instituciones estables, sino pautas de instantes, ondas, situaciones, ritmos, confluencias, fluctuaciones. Así, el paisaje deja de ser exclusivamente el terreno del nombrar, etiquetar y contemplar lo físico de un entorno o ambiente, para pasar al campo dinámico del producir relaciones, modificar prácticas y representaciones, de las que inevitablemente será un generador: relaciones azarosas entre los habitantes, los transeúntes, paseantes, viajeros; relaciones efímeras, de todo tipo de contacto.

Por la modernidad

Cuando en los siglos XV y XVI, con las prácticas novedosas que se implementaron en el Renacimiento Italiano, sobre todo en las prácticas experimentales y en la pintura, el 'yo' se separó del mundo, dejó un profundo abismo. Ese fue el espacio de pensadores como Copérnico, Brahe, Kepler, Galileo, en el ámbito de lo que ahora conocemos como ciencias, y en el de la representación pictórica; pero también estuvieron interactuando grandes artistas que plasmaron en lienzos los ideales que allí se gestaron:



Imagen 1: La ciudad ideal, Piero della Francesca, Imagen de cónica frontal. Fuente: ver Linkografía

Verrocchio, Botticelli, Piero della Francesca. Todos ellos, fueron grandes representantes de ese momento, en el que, a su vez, se realizó una relectura de la antigüedad grecorromana, y en la que toda la infinita inmensidad del tiempo y el espacio, junto a todas las cosas placenteras (la materia), fueron transformadas y subordinadas para un solo propósito: convertirlas en objetos.

De este fructífero artificio, se erige con gran maestría un pensador para dar el toque final al pensamiento occidental y, de una vez por todas, cimentar las bases sólidas del pensamiento ordenador y racionalizador de una parte de la humanidad: Descartes. Con su lógica metódica, se terminará de levantar el ensamblaje necesario para que el gran artificio, la razón, se pose sobre todo objeto posible. Es común mencionar esta época como la era del despertar de la individualidad, lo cual significa que, por vez primera, los sujetos individuales no solamente comenzaron a representar los roles más importantes en los grupos humanos, sino que también tomaron conciencia de sí mismos en su autónoma singularidad.

El método (Descartes, 2010) será la obra que cimente el pensamiento de Occidente y su manera de observar aquello que, como objeto, llamó "naturaleza". Es, a su vez, la forma de la conciencia humana, aceptada ahora sin vacilación, como una actitud evidente de los seres humanos como tales; pero en estricto sentido, es solamente la actitud característica de ese tiempo. He ahí la gran separación del mundo del yo cartesiano de todo aquello que lo había creado, del que no está exento el arte; un distanciamiento de los otros como por un abismo, que fue lo que posibilitó convertir a la naturaleza en paisaje.

No es fortuito que esta clase de práctica en el pensamiento propiciara el surgimiento de una práctica pictórica como 'el paisaje', que, a inicios del siglo XVII, (Van Mander, 1603) estudia y caracteriza, al analizar los pintores flamencos del siglo XVI. Por esa vía, da nombre a esas prácticas que consistían en la experiencia artística de un individuo en la contemplación del objeto llamado naturaleza; 'landschapt', palabra que intelectualiza una serie de prácticas, técnicas y pensamientos que definen una eventualidad en el arte.

Intelectualizar entendido como llevar a la existencia por medio de la reunión de una serie de heteróclitos, un manojo de prácticas, comportamientos, estilos, técnicas, que antes por separado no se relacionaban, y que generalmente pertenecían a disciplinas, discursos o conocimientos diferentes; así surge la construc-

ción, más que una nueva palabra, una nueva práctica en el arte. Esta palabra es la que pasa al español como paisaje. Bajo la perspectiva de Van Mander, y la intelectualización de la palabra en el tiempo, 'paisaje' puede ser entendido como aquella cualidad descriptiva de una realidad o eventualidad visual que se le presenta a un individuo desde un punto de vista geográfico determinado o específico, que reconoce esos fragmentos expresivos que individualúa al ser capaz de vivir en ellos.

Esta palabra no debe confundirse con espacio, ni con territorio; pues el primero obedece a esa intuición positiva sobre el medio físico, donde se sitúan los cuerpos y los movimientos y que se caracterizan en las ciencias exactas como homogéneos, continuos, tridimensionales e ilimitados, la condición por excelencia de existencia del universo; el segundo, como esa área física limitada donde el viviente percibe y obra según las impresiones que recibe. Pero el paisaje también contiene a estos cuerpos y movimientos. Por ello, no se trata de distinguir entre espacio como problema teórico, territorial, o como medio práctico, sino de pensar en el paisaje desde su definición inicial en la historia, cuando se convierte en una condición de existencia y pensamiento que adquiere categoría, coherencia y principio de diferenciación.

Con la definición inicial de Van Mander se crea una unidad pictórica en el arte (un género en sí mismo) que era inexistente, donde el tiempo infinito de Dios, el espacio euclidiano y la materia de la física de Galileo¹ juegan un papel crucial. En el paisaje no es necesario evaluar cuidadosamente el fluctuante valor artístico de las pinturas para determinar la originalidad de su representación particular, la forma como se incorpora el conjunto de elementos representados y cómo surge gradualmente a partir de una consideración de sus detalles; allí, espacio y tiempo son categorías cruciales: de un lado, la unidad pictórica obedece a la técnica de proyección cónica frontal que da la ilusión de espacio infinito; de otro, la misma unidad pictórica se referencia a un objeto llamado exterior, invocado en naturaleza, y que es la representación de un evento el cual no presenta ningún tiempo específico; se puede considerar parte de un infinito: para el espectador es atemporal. Es fácil encontrar estas señales pues, un supuesto tácito subyace en toda mirada perceptiva de la naturaleza-objeto convertida como paisaje: el individuo que se cataloga como espectador mira algo opuesto a sí mismo y situado más allá de sí, que siempre permanece a cierta distancia. En otras palabras, sólo cuando

1 Recordemos que las ecuaciones de Galileo y su movimiento rectilíneo uniforme y uniformemente variado tratan la materia como una magnitud física.



Imagen 2: Caminante en un mar de nubes. Caspar David Friedrich. Fuente: ver linkografía.

la naturaleza fue puesta como objeto y fue vista como una imagen opuesta al ser humano, fue posible pensar en reproducirla en una pintura, en transferir el espacio natural tridimensional a una superficie pintada y expandir el espacio pictórico por medio de la técnica de la proyección cónica frontal, dando una manera específica de leerse en perspectiva.

Así, el paisaje aparece de manera gradual como un género especial en el mundo, no sólo en el arte, sino que paulatinamente se incorpora en algunos saberes y prácticas de la humanidad. A partir de ese momento, por medio de una interpretación inversa del espacio natural como pintura del espacio, la naturaleza pudo ser vista como paisaje. No obstante, con el propósito de revelar lo que nos parece evidente hoy, pero que es una peculiaridad específica de nuestra época, y para mostrar la naturaleza de esta singularidad, es necesario recordar una época anterior de la conciencia de los seres humanos y, en consecuencia, distinta en la manera de ver la naturaleza.

Por el mundo antiguo

Si retrocedemos a una civilización poderosa como la griega y lo hacemos a través de sus textos, se pone en evidencia la gran conexión que tienen con la naturaleza, aunque en realidad nunca llegaron a representar un paisaje. En sus textos, que evidencian un conjunto de grandes íconos, de fuertes personalidades diferenciadas: Sócrates, Platón, Aristóteles², no se encuentra una palabra que designara este concepto. A esto se agrega el hecho de que los numerosos estudios e interpretaciones de las obras del legado griego generalmente ocultan el significado más profundo de la actitud griega hacia la vida, simplemente porque dejan de lado el asunto de que el griego clásico nunca pudo haber tenido conciencia de sí mismo como un sujeto totalmente independiente y esencialmente distinto de los otros.

2 Referencio a estos personajes no porque ellos sean los autores más conocidos de esa cultura Griega Antigua, sino porque en sus escritos evidencian la gran fuerza de las personalidades, cuando Platón en su clásica obra de la República evidencia las discusiones de Sócrates con otras personalidades sobre temas de gobierno, o Aristóteles quien hace el estudio de sus ideas filosóficas de sus personajes, en su libro "La metafísica", desde Tales a Platón.

En su conciencia, los griegos se experimentaron a sí mismos, pese a todas sus diferencias y contrastes, como uno entre los otros y en el mundo, subsumidos en el orden individual y eterno del universo. Viviendo con esta concepción única del cosmos, el griego no experimentó como un problema el asunto que afligió a los hombres del renacimiento, el yo solitario existiendo en un universo que le es ajeno, en el cual se siente diferente a él.

Esto se puede entender, porque en la obra de Platón nunca está la pregunta por la verdad o el bien de manera separada de un sujeto, entendido como aquel que conoce un mundo ajeno difícilmente cognoscibles sus preguntas, sobre todo las del bien y la verdad, están dirigidas al "ser" del bien y de la verdad; como lo era el "ser" de una persona para Sócrates o el "ser" de un número para Pitágoras, o de una idea para Platón. Si se familiariza un lector con la Teogonía de Hesíodo, puede ver cómo ello le concedían realidad, con la misma mirada vivificadora, al cielo, a una montaña, a un árbol; la naturaleza no era un objeto, ni mucho menos un espectáculo abrumador, muy distinto de las carreras de jóvenes en sus juegos olímpicos, o las reuniones públicas, el ajetreo de sus puertos; por ello, su arte no fue el de tallar estatuas para la fría mirada en los solitarios museos, sino para ponerlas en consonancia con la vida y el entorno particular de sus quehaceres diarios. Allí estaban como imágenes de sus dioses en templos o como ornamentación característica en las calles y los hogares. Esto estaba impregnado en todas las prácticas griegas; por ello, puede señalarse que las odas de Píndaro no eran cantos a la victoria de aquellos individuos alabados por su fina apariencia o por su buen porte, o porque habían triunfado en una clase de espectáculo tal como nuestros actuales eventos deportivos, elogiados por su individualidad; Píndaro dedicó sus odas a los vencedores en los juegos, con todo el esplendor de su lenguaje y ritmos, porque una hazaña victoriosa merecía ser cantada poéticamente, porque aquel a quienes los dioses le concedían ese privilegio tenían el afortunado deber de exaltar una vida extraordinaria, por el bien en el cielo y en la tierra. Así, se alababa al vencedor por su logro objetivo, su victoria, mas no por sus méritos personales. En este orden de ideas, se encuentra la idea de cosmos como un mundo que está creado por un orden, decorado por la belleza. Este código dominó sobre los seres humanos de una manera severa e ineluctable, y dio a esa civilización su lugar sin necesidad de una religión panteísta que viviera la naturaleza de una manera íntima, tal como lo expresa Aristóteles en su libro "La metafísica".

Por los modelos cognitivos y la práctica social

En este trabajo se consideran modelos cognitivos esas prácticas, disciplinas o saberes que moldean el racionamiento humano, aquellas que crean y forman realidad desde la formalización de sus paradigmas, pues estas presentan un campo particular por el cual se expresan, se evidencian y se diferencian, crean mundo; las cuales, a su vez se encuentran en la ordenanza de escuelas, academias o instituciones universitarias, conformando allí facultades, escuelas, institutos que albergan diferentes formas del saber, el conocer y el hacer.

Este mundo, el griego y el moderno, de los que se ha hecho una corta alusión, se erigen como bandera del pensamiento en los grandes modelos cognitivos que, mediante el paradigma de la razón cartesiana, pretenden estudiar las eventualidades sociales de las comunidades. Un paradigma que, desde su principal nacimiento ya racionalizador, se empieza a fragmentar en órdenes disciplinares, como la historia, la sociología, la antropología, la



Imagen 3: Andre Le Nôtre, jardinero paisajista de Versailles, Francia.

filosofía, la economía, etc. Y así, cada uno va armando su propia cerca, en la cual va alejando a los otros por su definición o ruta de investigación. Particularmente, los que se enfocan en el paisaje pueden ver la utilidad del pensamiento griego cuando no piensan en él como algo ajeno al individuo, y entiendan que encierra desde su intelectualización un gran potencial para entender cualquier fenómeno social, no sólo de ese objeto al cual llamamos naturaleza, que está íntimamente ligado a cómo nos vemos nosotros y cómo vemos el mundo en general.

Es importante señalar este momento de comprensión sobre los fenómenos y eventualidades en los modelos cognitivos, porque constituyen una peculiaridad en nuestra comunidad humana; por tanto es necesario entender este tipo de pensamiento para poder evidenciar una nueva forma de interacción con el paisaje y cómo este puede ir vinculando no sólo eventualidades espaciales como lo hacen los modelos cognitivos desde las ciencias exactas, sino también de la arquitectura, el urbanismo, el arte; y cómo relaciona e ingresa el paisaje con la potencia y mezcla de todos estos modelos al campo de las eventualidades sociales, sirviendo como herramienta que permite direccionar allí una acción de entendimiento e intervención.

Se mencionó que el paisaje había sido intelectualizado con una gran carga de esa racionalidad cartesiana, que se refleja en la técnica pictórica (proyección cónica frontal) su orden pictórico (materia ordenada) y su atemporalidad o momentos cristalizados de un tiempo no vivido personalmente por el espectador; todos estos detalles permiten revelar su unidad en lo más profundo, pero, a la vez, entender sus posibilidades funcionales y cómo se puede utilizar en investigaciones en Ciencias Sociales y Humanas.

A partir de principios del siglo XVIII, el paisaje no sólo fue una representación en las artes visuales, sino que pasó también a la modificación de espacios cercanos. La racionalidad ilustrada de la época, transfiere esa cualidad de racionalización del espacio próximo por medio del jardín; esta práctica es entendible en un

mundo donde la Enciclopedia (Diderot, D; D'Alembert, 1751) o el orden de la naturaleza, está en pleno furor, que le da al paisaje una cualidad de accionar sobre lo real y abre su modo de operar a los diferentes modelos cognitivos que afloran y están en la época. Esas cualidades son visibles en la manera como se va acuñando el paisaje a elementos como el jardín, la arquitectura, la geografía. Posteriormente, en las primeras décadas del siglo XX, cuando el paisaje ya está mezclado en muchos modelos cognitivos como la geología, la geografía, la arquitectura, será un geógrafo Sauer, Carl. (2006). quien en su artículo, lo convertirá en un elemento que tiene la posibilidad de adherirse a la investigación sobre fenómenos sociales y humanos.

Dicho esto, es necesario señalar que el principio de intelectualización que presenta el paisaje como esa cualidad descriptiva de una realidad o eventualidad visual que se le presenta a un individuo desde un punto de vista geográfico determinado, separado del estigma kantiano de lo bello, la verdad de la naturaleza, lo moralmente bueno (Kant, 1928), permite encontrar su lugar en la investigación de muchos fenómenos sociales, y quienes lo emplean parecen estar completamente satisfechos de que las virtudes que los visitantes o extraños suelen tratar de separar, están unidas y se condicionan unas a otras; el paisaje se emplea también para dar cuenta de diferencias aparentes entre territorios de manera: temporal, ecológica, salubre o socialmente discriminables, diferenciables. Por ello, el paisaje se ubica entre numerosos conceptos secundarios, ideados para explicar el sedimento de rasgos desviados que no resultan explicables a través de aquellas regularidades juzgadas como universales y omnipotentes.

Los diferentes usos secundarios en los cuales se aúna el paisaje, como otros muchos usos que se le dan a diferentes conceptos como el de "lo social", "la cultura", "la sociedad", etc., son marcos intelectuales impuestos sobre el cuerpo de experiencias humanas registradas y acumuladas desde el principio de la individualidad. Son aspectos de la práctica social humana que, como en otras totalidades sistémicas, la cohesión global no tiene por qué perderse

cuando alguno de sus fragmentos se separa; es decir, al hablar de un paisaje, sea desértico, romántico, tenebroso, no tiene por qué quedar por fuera de la unidad misma del concepto. De hecho, los conceptos se enclaustran en la totalidad de la práctica humana, pero no siempre se vinculan íntimamente a aquellos elementos de la experiencia a los cuales se adscriben semánticamente. A menudo, aunque genéticamente suelen arraigar profundamente su asociación con los referentes semánticos, registra y encierra cierta arbitrariedad humana activa.

Por la filosofía y el basamento de la eventualidad en un territorio

Además de estar en usos secundarios por los diferentes modelos cognitivos que lo usan, también se debe recurrir al paisaje tomando desde cualquier ámbito de las disciplinas, dado que ofrece una taquigrafía conveniente para designar todos los ingredientes de lo que el paisaje tiene, puede y alberga en lo colectivo, desde la noción de espacio de las ciencias exactas hasta la del territorio de la etología. Estos usos en los diferentes modelos cognitivos son relaciones que no se ven como nodos de individuos conectados por cuerdas de una tela social, sino más bien, por momentos decisorios que coinciden frente a acontecimientos, cosas u objetos característicos e interrelacionados, presentes en el territorio, referidos a una conducta específica, o al menos a una expectativa conductual de los individuos con los demás individuos que están en el territorio simultáneamente.

Por tanto, los usos que han nutrido el paisaje en los diferentes modelos cognitivos por los cuales ha transitado desde sus inicios, en la geografía, el dibujo, luego en el arte, la arquitectura, el paisajismo, la geología, la política, muestran que está relacionado, y consiste, por encima de todo, en una red de interdependencias, relaciones desarrolladas y mantenidas a través de la interacción humana en un territorio específico; por ello, es indispensable pensar en la filosofía como un gran eje que pueda articular, desde las ideas y estudios conceptuales, las relaciones que son el núcleo fuerte de las interacciones reales entre los vivientes, las cosas, los objetos; todo sobre los territorios.

Estas relaciones de interdependencia componen el basamento de la eventualidad de una realidad, ya sea visual, auditiva, corporal, del individuo, ubicado en un punto de vista determinado; relaciones que se convierten en un deber ser de las decisiones, en una guía, un basamento, que permiten circular en un territorio. Este deber ser o guía, es en ocasiones duradero, persistente; pero también existen guías y relaciones efímeras, fugaces, momentáneas, cortas. Todas estas son relaciones que se establecen en un territorio con los objetos, los vivientes; relaciones como con la calle, el parque, el semáforo, "el parche" (Castañeda N, L. y Henao S, J. 2001); relaciones que se convierten en núcleos de estabilidad en frente de los acontecimientos.

Por el carácter pragmático de la filosofía que aquí se relaciona, es necesario anotar que en los estudios filosóficos se ha dejado de lado, en gran medida, la investigación de campo; por tanto, la filosofía sólo parece aportar una plataforma teórica y conceptual, en el mejor de los casos, para su estudio; pasa con la emotividad (Estética), el pensamiento y la interpretación (Hermenéutica), el comportamiento (Ética) y el conocimiento (Epistemología). A su vez, no es de extrañar que dicho modelo cognitivo se haya reducido simplemente a la creencia de que se refiere a la creación y soporte de ideas, modelos o estructuras conceptuales que, en

muchos casos, ayudan al conocimiento y al entendimiento humano sobre fenómenos o prácticas que han marcado, en definitiva, el que-hacer de las comunidades a través del tiempo. Sin embargo, no es raro que, cuando se nombre un concepto o una idea, la filosofía ya haya elaborado todo un andamiaje teórico para su estudio; o cuando se presenta una ideología cognitiva en el campo del saber, la filosofía esté involucrada en su teorización. Por tanto, si estos estudios se ponen en un horizonte paleontológico, en el más amplio sentido, donde en cualquier comunidad puede existir un vaivén dialéctico entre aquello que el conocimiento moderno se empeña en llamar exterioridad y eso que el individuo experimenta en su cuerpo, en semejante perspectiva, no se podría limitar a una creación sólo teórica o conceptual, sino que se tendría que rebuscar, en toda la densidad de percepciones, cómo se constituye en el tiempo y en un territorio un código de supervivencia que asegure al individuo lo más claro de la inserción socio-afectiva en su comunidad.

Este carácter de supervivencia está generalmente anclado a un código de las emociones basado en propiedades biológicas comunes al conjunto de los seres vivos, la de los sentidos, que aseguran una percepción de los valores y los ritmos, o más ampliamente, incluso desde los invertebrados más sencillos, una participación refleja a los ritmos y una reacción a las variaciones de los valores. Tecnicidad que da, por consiguiente, lugar a una intelectualización progresiva de las sensaciones que, para nuestra especie, termina por una producción y percepción reflexionada de los ritmos y los valores, en códigos cuyos símbolos poseen una significación comunitaria, tales como la música, la escritura o, en un caso más amplio, las relaciones sociales.

Es por esta vía que se puede entender la intelectualización del paisaje como esa cualidad descriptiva de una eventualidad visual que abre la puerta para que la filosofía, por medio del paisaje como operador, pueda volverse práctica. En otras palabras, es la filosofía, como modelo cognitivo, la que ha trajinado las ideas y conceptos más claros en todo el andamiaje racional de la modernidad; es la filosofía la que ha mantenido vivo el andamiaje del método cartesiano por medio de la representación racional, ya sea al acuñar nuevas ideas desde una perspectiva cartesiana, ya sea también para atacar desde ese mismo paradigma su propia estructura.

Así como la capacidad lingüística es previa a la competencia lingüística, las cualidades que hacen posible la vida social en una comunidad son tanto lógicas como históricamente pre-sociales. Dado que todas las praxis sociales consisten en imponer un orden artificial sobre el natural, se tiene que, al buscar las facultades fundamentales de génesis paisajísticas en el dominio de las influyentes reglas ordenadoras que conforman la imaginación humana, son las comunidades las que eligen cómo generar su relación con aquello que ya existía previo a su llegada: el árbol, el río, la montaña; en el caso de la ciudad: la cuadra, la calle, el barrio. Es importante aclarar que esta elección no es la misma pretendida de un hombre en función de una racionalidad establecida, es una resultante de múltiples interacciones.

Y, en vista de que la ordenación del paisaje se lleva a cabo a través de la actividad de significar -dividiendo los fenómenos en clases mediante su marcado-, el pensamiento filosófico desde una etología no como una Semiótica, esa teoría general de los signos; sino una etología que se ve marcada por etogramas o decogramas (Pardo, 1992), que permiten centrar el estudio de la

metodología general de la praxis paisajística, el acto de significar es el acto de producción de significado. El significado, a su vez, lejos de ser reductible a una especie de estado mental o subjetivo, existe gracias a un acto de recortar simultáneamente dos masas amorfas. El significado es un orden con un caos a cada lado (Barthes, 1971), pero un orden que es fundamentalmente una división; el significado es sobre todo un recorte de formas, que nunca deja de transformarse.

Los significados emanan gracias a las correspondencias que hay entre las divisiones de un universo discursivo de un individuo y las de su mundo, y es un acto de indicación el que crea el universo discursivo; es decir, un acto que escinde un dominio entre una clase y su complementario en negativo. Contemplado a través de sus rasgos más universales y generales, el paisaje se convierte, con esta intelectualización inicial y con ayuda del pensamiento filosófico, en una praxis humana que reposa sobre todos los individuos, la cual consiste en convertir el caos en orden o en sustituir un orden por otro; entendiendo por orden un sinónimo de inteligible y significativo, desde una perspectiva etológica y no semiótica, porque para la semiótica significado quiere decir orden y sólo orden.

Tanto si se interpreta el paisaje como esa cualidad descriptiva de esa eventualidad visual desde una perspectiva mentalista, como si se hace desde una perspectiva conductista, entendiéndola como un conjunto de mecanismos reactivos, se separa de la actuación de los actores individuales o colectivos. Allí no depende de dar lugar a una idea asociada con el signo, tampoco de una pauta de estimulación que suscite reacciones. El significado en el paisaje como esa praxis humana, es más bien producto de una organización instructiva del universo de los individuos en una comunidad específica en su territorio, siempre señalando, marcando o resaltando una conducta, un ethos, más no una respuesta a un signo, un *semeion*.

El paisaje como praxis

Mientras lo natural impone la necesidad de la alianza entre los objetos y un espacio habitado, sin definir exactamente su forma, cada comunidad determina su modalidad. El ser en ese territorio es natural, el comportamiento es comunal; esto parece un patrón universal para los vínculos que unen los fenómenos en el paisaje a su fundación natural, pero el patrón prácticamente nunca se ha mostrado de manera tan transparente como en el dominio explorado por la vida normal en la calle de cualquier ciudad y el ingreso a territorios de comunidades poco conocidas. Allí donde no se leen los gestos o se omiten los comportamientos, donde se pierden las señales para identificar los rasgos comunes de una comunidad, es donde se puede evidenciar lo que realmente hace al paisaje una praxis.

En esencia, la contribución del paisaje como praxis en un territorio se reduce a dos cosas: el primero, evidencia los patrones que vagamente delimitan los espacios vitales de los individuos, por razones de supervivencia (en el sentido funcional o lógico) que le da al individuo seguridad; y el segundo, exhibe el habitáculo con el que se pueden construir los signos que conforman el patrón básico de seguridad (como, por ejemplo, la consanguinidad, la cercanía, la amistad, etc.).

Mediante estas dos pautas puestas en juego, en el paisaje como praxis se revela la empatía que generan las comunidades en su

territorio, que a su vez también siguen unas pautas básicas: la primera es la demanda de una norma, aunque no escrita o expuesta explícitamente, sí de un carácter implícito y de cumplimiento; la segunda, la reciprocidad, como la forma más inmediata de superar la oposición entre los actores de la comunidad; y la tercera, el carácter sintético del orden, es decir, el hecho de que transferir el mismo valor a los objetos involucrados en el territorio del otro, como individuo; orden que se transfiere a otros, por lo cual, transforma a las personas involucradas en miembros de una comunidad.

Esto último es bien importante, porque el solo hecho de una norma conlleva, dispone, conduce al individuo de una situación de comunidad a una praxis individual en el territorio; ahí es donde empieza la creación, desde la praxis, constituyendo los componentes generativos necesarios de cualquier procedimiento cultural. Para que la norma sea una norma se debe diferenciar y mencionar, tácita o explícitamente, las "reglas de exclusión" que vienen seguidas de la creación de un orden propio. Así, la comunidad empieza con la aplicación de una regla que especifica el dominio en el que actúan las normas de un universo discursivo, delineando simultáneamente el caos.

En este sentido, ordenar implica transmutar en una serie de entidades discretas lo que es esencialmente una corriente de percepciones continuas y sin forma. De esta manera, el mundo no viene dado como una realidad ordenada pre-humana, sino que la imagen y la praxis subsiguiente se imponen sobre él; así, cada vez que el individuo se desempeña en un territorio determinado, con una comunidad determinada, está en relación con una praxis que es la etiqueta que muestra que es la comunidad la que lucha duro por sobrevivir; es decir, por conservar intacta su estructura, pues fuerza a los individuos a que respeten su territorio y sus hábitos a través de su conducta, convenciéndolos mediante toda una serie de batallas simbólicas y rituales contra el propio desorden.

Esto traslada al paisaje que percibe un individuo a su quehacer diario, a su relación con el territorio y a su desempeño en él, como una práctica que se vuelve hábito, que se construye en el diario recorrido del territorio. La optimización de las condiciones de vida en especies muy sensibles, ricas semióticamente y diversificadas conductualmente, sólo se puede llevar a cabo a través de la creación activa de un entorno estabilizado de forma artificial (es decir, por obra de la especie en cuestión). En otras palabras, requiere una praxis ordenadora. El paisaje como praxis, con todas sus reglas generativas funcionalmente inevitables, parece un prerrequisito de las comunidades humanas, más que uno de sus artefactos simbólicamente motivados.

De todas formas, es difícil imaginar cómo la sociedad o, de hecho, cualquier clase de red ordenada de relaciones humanas, hubiese sido posible en absoluto si no hubiese existido una propensión innata hacia la praxis ordenadora en los animales humanos. Por ello, algunos paleontólogos han señalado que se puede trazar una larga y casi continua línea desde los animales inferiores hasta el hombre, una trayectoria perfilada por la naturaleza cambiante del proceso adaptativo de los organismos y el entorno.

Esta idea de paisaje como praxis es coherente con la categoría de máquina, pues como máquina también se constituye una construcción intelectual compleja; no basta con decir que, como concepto en general o como concepto organizacional, el paisa-

je se ha transformado en un elemento de doble entrada, físico e intelectual. Como se mencionaba anteriormente, el paisaje ha tenido dos momentos muy importantes en su construcción: uno es en su surgimiento a principios del siglo XVII, cuando inicia su intelectualización en el arte, y su otro momento es a finales del XVIII, cuando se inicia como fenómeno físico, que obedece a una práctica en la transformación de espacios específicos. Esta doble entrada permite que, de un campo de conocimiento a otro, pueda darse una dinámica doble, tanto de intervención como de teorización, convirtiendo la praxis del paisaje en máquina.

Para entender ese concepto de máquina nos es preciso considerar la máquina como un ser vivo; porque nos hace falta liberarnos de ese modelo cibernético de máquina artificial, pues, como el concepto de producción, máquina y producción están hoy mecanizados e industrializados, gravados ellos por limitaciones y pesadeces tecno-económicas; lo cual en su acepción corriente denota solamente un ser artificial y limita su entorno a una vida industrial. Así pues, para concebir correctamente la máquina como ser vivo, tenemos que deshipnotizarnos de esas máquinas que pueblan la civilización en la que estamos inmersos; liberarse de esas imágenes que aparecen cuando nos hablan de estos aparatos con ejes, bielas, barras, piñones, estribos, botones, balanzas, cremalleras, culatas, ruedas dentadas, cilindros, engranajes, molduras, goznes, válvulas, etc; que nos aprisionan en la idea de repetición mecánica, y fabricación estándar. La idea de máquina se tiene que soportar en este trabajo como conjunto de disposiciones complejas cuya marcha es, sin embargo, regular y regulada, que crea y produce, es dar existencia, generar, componer, formar; en este ser no sólo está lo maquinale (repetitivo), sino también lo maquinante (inventivo); es pensar en máquina como una organización activa, que produce alteridad, diversidad, en este orden de ideas se convierte en un ser fabuloso que nos lleva desde el corazón de las estrellas hasta los seres vivos, y que pasa profundamente por los acontecimientos sociales.

En este sentido, el paisaje como una máquina que genera praxis en el individuo en una comunidad específica hace que presente ideas de producción, de trabajo, de transformación, de integración; que genere acciones y sea generado por acciones; es decir que los procesos que producen una acción crean una organización que, a su vez, genera una acción organizada; esto significa que las interacciones, las transformaciones y generaciones se hacen mediante la organización. En este caso, lo que se puede asumir es que el paisaje se convierte en una idea de organización activa, maquinale, en la que es preciso proceder con elaboraciones y nociones básicas de razonamientos analógicos, homológicos, que den como resultado un contorno de pensamiento. Esta idea de paisaje es pues, un tipo construido por la movilización general de situaciones venidas desde varios frentes del saber que le han acompañado, como se ha señalado: el arte, la jardinería, la arquitectura, la geografía.

En este sentido, el paisaje demanda seguir este ritmo del cambio diario con múltiples conexiones de diferentes saberes, con esas innovaciones poco comunes en lugares específicos,³ esas relaciones extrañas que se tejen con los objetos, que nunca son las mismas, en la cuadra, en el barrio, en la calle, en la ciudad, que se innovan a cada segundo en cada momento, relaciones que

3 Me refiero a innovaciones porque todos los días hay una diferencia en cada comportamiento situación u objeto que se cree que es permanente, cambios minúsculos que son los que mueven esa máquina, los que obligan a los cambios grandes a tener lugar.

conservan una falsa estabilidad, un orden ilusorio; aquello que llaman metaestabilidad (Simondon, 2009). Seguir este tipo de dinámicas es necesario para saber y entender qué ha sido de la vida colectiva desde esa perspectiva minúscula, qué es el parche o la cuadra, que a su vez se desarrolla en un barrio que es un territorio específico de una gran ciudad.

En ese lugar minúsculo es donde se empiezan a elaborar los grandes cambios, es allí donde se crían los ciudadanos, es allí donde nace la jerga, el parlache,⁴ los hábitos. En este sentido, este seguimiento obliga a ver qué métodos, caminos y rutas se han elaborado en el desarrollo del paisaje, para reconocer nuevos encajes, uniones, contradicciones, mezclas; qué descripciones ha mostrado, creado o han generado las nuevas asociaciones o disociaciones, pues todo lo viviente se ha obligado a tener con sus similares y las cosas, con el mundo, una actualización de su entorno, este se refiere a estar al día con la cotidianidad, seguir el ritmo de su propio territorio.

No es que el paisaje sea un dominio especial de la realidad como sustancia, en el sentido de una disciplina o un campo formal con un paradigma indiciario que soporta axiomas, premisas, jerarquizaciones y teoremas, pues, como se ha referenciado anteriormente, se puede tener el paisaje como un operador en un territorio específico, que como praxis relaciona los vivientes y las cosas. Así, no hay ninguna ruptura con la convergencia disciplinar; este paisaje es una posibilidad donde se puede ver y leer conexiones de todo tipo, conexiones que se pueden expresar no sólo como vecinos,⁵ sino como colectivo.⁶

La afinidad que cobran los elementos que intervienen en un entorno forman un todo, esto se ignora; se ha olvidado que el paisaje en el arte no sólo reside en el lienzo intervenido, sino que toda su unidad pictórica era un sistema de relaciones, un conjunto de afinidades afinadas en el museo como institución, en la academia como garante, y en unos módulos de presión que hacen que el evento, obra de arte paisaje, pueda tener lugar en una comunidad.

Frente a la forma de los objetos, no hay reglas concernientes al tipo de agencias que participan en la interacción en un territorio determinado; su relación, su movimiento, su segundo a segundo, que siempre modifica lo estable, es constante. En el transcurrir de un lapso cambian las relaciones imbricadas de los objetos; aquello que fue referencia hoy, mañana sólo será un objeto más.

El paisaje como esa "praxis" del individuo invita a ver el paisaje como algo con movimiento y a la vez que permanece estático. "Praxis", como una función que es capaz de cambiar sin dejar de funcionar eficientemente, de manera constante, para transformar en común lo que no lo es, en establecido lo que era original; para continuar los procesos de adquisición y eliminación y, al hacerlo,

4 El parlache fue inicialmente una germanía que se originó y desarrolló en los sectores marginales de la ciudad de Medellín y, años más tarde, extendida al área metropolitana del Valle de Aburrá y a otras poblaciones y ciudades de Antioquia y de Colombia. Ha tenido una influencia en el habla popular de otras regiones de este país a través de los medios de comunicación que le han dado espacio. Algunas personas de distintas edades y características socioculturales, habitantes del área metropolitana del Valle de Aburrá y de otras regiones de Colombia, han adoptado varios de sus términos como una jerga.

5 Me refiero a este término y su raíz en latín vicinus, vicus, porque hace una referencia a lugar, tiene una connotación de cercanía y de proximidad, más no de relación.

6 Del latín collectivus, colectivo es aquello perteneciente a un grupo. Un colectivo es una agrupación donde sus integrantes comparten ciertas conexiones o trabajan en conjunto por el cumplimiento de un fin en común.

perpetuar su capacidad de ser él mismo, retener su carácter distintivo, su identidad, perdurar a través del cambio. La praxis exige cambios, pero a la vez puntos que lo identifiquen.⁷

Dominar un territorio implica dominar una matriz de posibles permutaciones, un conjunto nunca completamente acabado y siempre en marcha; esto hace que el paisaje como praxis se desvíe hacia el movimiento; no a tratar un paisaje como una colección finita de significaciones a través de los 'modelos cognitivos' que lo moldean y subordinan, sino a reconocer sus soportes. Lo que aglutina los fenómenos naturales en el seno de un paisaje como "praxis" es la presencia de esa matriz, una invitación constante al cambio, y no a su carácter sistémico.⁸

En este orden de ideas, el paisaje como "praxis" en un territorio presenta dos puntos básicos: el primero, es su apariencia, sus fenómenos, todo aquello que se puede describir explícitamente; y segundo, aquella realidad que no se ve a simple vista, esa de las relaciones vivenciales, más profunda, que proporciona coherencia y regularidad a la superficie fenoménica, la que proporciona el comportamiento y la cualidad total de un territorio específico que resume simultáneamente aquello que constituye la disposición o el carácter de un individuo y el sistema de ideales y valores que domina el territorio y tiende a controlar el tipo de conducta de sus miembros.

En este sentido, el paisaje es una "praxis", se convierte en ese operador que penetra todo el territorio, como un aroma; a diferencia del agregado de constituyentes separados que confeccionan su apariencia formal, configura una manera de estar en ese territorio. El fundamento último del universo del individuo se traslada, por lo tanto, al universo del debería, y el misterio de la cohesión aparente del plano fenoménico observable encuentra una explicación concluyente en el campo de las normas y de las evaluaciones morales, tejidas en ese territorio en momentos específicos. La emergencia y la continuidad de un territorio se convierten, sobre todo, en un problema de intercambio de decisiones, de educación, de adoctrinamiento moral, de formación de la personalidad, de una práctica que se va construyendo y adecuando, momento a momento, entre un individuo y todas sus relaciones.

De esta manera, el paisaje como praxis evidencia la adaptación que va tejiendo cada individuo en su territorio con otros vivientes, con los objetos, con las cosas, siguiendo una conducta, un comportamiento, que implica unas decisiones sobre un ideal que se superpone a los comportamientos del individuo en cada momento, en cada lugar de ese territorio; se forman alianzas en el camino, en ocasiones contradicciones, retrocesos o se anulan comportamientos.

El paisaje como praxis, tal como se plantea, opera en el terreno de reunión del individuo humano y el mundo que percibe. Resiste tozudamente todos los intentos de asociarlo unilateralmente con uno u otro de los polos del marco experiencial. El paisaje como praxis es subjetividad objetivada, es una vía para entender cómo una acción individual puede tener una validez supraindividual, y cómo la dura e implacable realidad existe a través de una multitud de interacciones individuales.

7 Esto remite a la recuperación arquitectónica del Jordán en la ciudad de Medellín, una casa de paso muy famosa en las épocas de arriería del departamento de Antioquia. Ya son pocos los que se sienten identificados con este tipo de casonas, pero la reconocen como una casona campesina. Cambió, ahora es un centro documental, que su arquitectura guarda su fiel pasado, pero ya no evoca su programa inicial.

8 No puede ser un sistema abierto emergente porque implica un conjunto ordenado de normas, puntos fijos, que regulan el funcionamiento de un procedimiento o un territorio.

Por consiguiente, la definición de "praxis" que significa práctica, acción, implica emprender una estética (Leroi-Gourhan, 1971) que difiera de la pura especulación o de la contemplación; la práctica trasciende el dato inmediato y la ingenuidad de la experiencia privada, lo exclusivo total y la naturaleza autosuficiente de la subjetividad. El nivel de elaboración al que una comunidad eleva la percepción de su propia condición humana, o sea la circulación efectiva en su propio territorio, tiene como fundamento la praxis, pues es la práctica la que opera en el nivel más bajo, a ras de tierra, sin la ingenuidad de un sentido común. Es la manera en la que el individuo se inserta en su esfera ontológica, partiendo de las formas dadas de intercambio humano que funcionan como premisas axiomáticas de su actividad finalista: el género humano en conjunto, el ser de la naturaleza auto-trascendente y auto-mediador es el mismo individuo prolongando su propia esfera sociológica.

Naturalmente, la práctica tiene unas limitaciones: una de ellas, es que las escalas temporales, que están mediadas por eventos, son diferentes entre una comunidad y otra: mientras las acciones individuales se circunscriben a la duración limitada de la vida, del ciclo vital, la comunidad las trasciende. Otra de ellas es la creatividad, entendida como la idea de generar, producir nuevas relaciones originales; se refiere a la asimilación activa del universo en el que se vive, de imponer una organización normativa de la acción humana inteligente sobre el mundo caótico. Más aún, la idea de libertad, asociada a su vez con la noción de creatividad, adquiere un significado absolutamente distinto cuando se la considera como una cualidad de una comunidad, en lugar de tomarla en términos del solitario individuo humano que hace lo que le place, se refiere a una creatividad y una libertad respecto a la coerción y a las limitaciones comunitarias.

Por ello, es viable señalar que el paisaje como praxis identifica esa esfera habitual de una comunidad, que es esta quien con sus individuos le dan su estilo, su forma. Es la comunidad la que actúa de soporte y de canal de la praxis. En este intercambio entre individuos que pertenecen a una comunidad y la comunidad, en un territorio específico, con los enseres que lo pueblan, son capaces de producir su propio paisaje, es en ese territorio de la cotidianidad en el que se desarrolla la praxis. La comunidad es la que media entre las cualidades físicas universales del ser humano y su condición empírica individual.

Conclusiones

Cuando se indaga en los modelos cognitivos que han usado el paisaje durante su historia, este parece no ser ni decir nada, parece no reconocer el privilegio de un sitio, de un emplazamiento, de un lugar; es como si estuviese vacío, como un todo reconciliado en lo que está disperso, un recipiente. Bajo esta condición, más que un problema. Como se puede observar en el recorrido que este artículo presenta, es la complejidad misma de su devenir, de sus conceptualizaciones, lo que fue central en esta investigación; por ello, se siguieron preguntas relacionadas con las líneas intensivas del concepto cuando, en su devenir, se despliega desde unas perspectivas genéricas.

Si bien en ese devenir se pasó por algunos espacios de saber, el foco se concentró en el individuo, entendido como una cualidad descriptiva de una eventualidad visual; porque este efecto ayuda a entender la configuración interna que los 'modelos cognitivos' han puesto sobre él, y con él: como la arquitectura y el urbanis-

mo, que lo convierten en quehacer práctico; o la geografía y las ciencias de la tierra, que lo llevan de lo tangible a lo abstracto, de lo terrenal al terreno. A su vez, esta vuelta fue necesaria porque como se ha mostrado, la apariencia vacía del paisaje, sin referencia real de las cosas, no deja ver bien su lugar en la modificación de lo urbano, elemento central que se desprende del análisis que se ha seguido.

Es decir, para el análisis de un entorno urbano (o rural), no es de gran utilidad usar la idea de paisaje entendido y tenido como rueda suelta en el mundo de las ciencias sociales y humanas, ni como un concepto sumiso a los modelos cognitivos. Por el contrario, se requiere un paisaje que, con la focalización de su extensa red de relaciones, pueda empezar a crear su propio campo de expresión y discurso; que se pueda reconocer a sí mismo como interventor de cualquier espacio, ya sea urbano, rural, geográfico; y que pueda generar así nuevas formas del habitar. Como se muestra en este artículo, 'el paisaje como praxis'.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles. (2008). La metafísica. Madrid: Alianza Editorial.
- Barthes, Roland. (1971). Elementos de semiología. Madrid: Editorial Alberto Corazón.
- Castañeda N, L. y Henao S, J. (2001). El parlache. Medellín: Editorial de la Universidad de Antioquia.
- Descartes, René. (2010). El discurso del método. Madrid: Editorial FGS.
- Kant, Immanuel. (1928). Crítica de la razón pura. Madrid: Luarna Editores.
- Leroi-Gourhan, André. (1971). El gesto y la palabra. Caracas: Universidad Central.
- Pardo, José Luis. (1992). Formas de la exterioridad. Valencia: Pre-textos
- Sauer, Carl. (2006). Morfología del paisaje. Santiago de Chile: Artículo, Polis Revista Universidad Bolivariana, vol. 5 núm. 15.
- Simondon, Gilbert. (2009). La individuación. Buenos Aires: Cactus La Cebra.
- Van Mander, Carel. (1603). Het schiler-boek. Alkmaar.

LINKOGRAFÍA

- Imagen 1:
[https://es.wikipedia.org/wiki/La_ciudad_ideal_\(obra\)#/media/Archivo:Formerly_Piero_della_Francesca_-_Ideal_City_-_Galleria_Nazionale_delle_Marche_Urbino_2.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/La_ciudad_ideal_(obra)#/media/Archivo:Formerly_Piero_della_Francesca_-_Ideal_City_-_Galleria_Nazionale_delle_Marche_Urbino_2.jpg)
- Imagen 2:
https://es.wikipedia.org/wiki/Caspar_David_Friedrich#/media/Archivo:Caspar_David_Friedrich_-_Wanderer_above_the_sea_of_fog.jpg